

LAS ADVERTENCIAS DE FELIPE GONZÁLEZ

FERNANDO LARA

UN conjunto de advertencias al Gobierno para que desarrolle con toda limpieza el proceso electoral, constituye la síntesis de las palabras pronunciadas por Felipe González en la presentación del libro donde Editorial Avance recoge las aportaciones fundamentales del XXVII Congreso del PSOE, celebrado el mes de diciembre último. Con la severidad que ha caracterizado sus recientes intervenciones (y que no es debida —aclaró— a ninguna irritación juvenil), el primer secretario del Partido Socialista Obrero Español partió en su discurso de que hoy "en España se atraviesa una difícil circunstancia histórica ante la que se abre una alternativa democrática, conviviendo simultáneamente los partidos democráticos con los 'demonios del pasado', término este último acuñado por Olof Palme en el citado Congreso. Tras calificar la situación actual de "confusa", Felipe González afirmaría que "no se trata de conseguir más o menos votos, sino que lo fundamental es que las elecciones sean limpias, que no se ahoguen las posibilidades de expresión del pueblo". Y para ello resulta decisivo que el poder actúe neutralmente, que no caiga en la tentación de sucederse a sí mismo, creando un partido institucional, ni introduzca "factores de confusión" que "disgreguen aquellas formaciones electorales que ya están en marcha".

Dichas estas palabras horas antes de que estallase el "affaire Arelliza" en el seno del Partido Popular, han sido interpretadas posteriormente como una implícita referencia a él. Lo cierto es que el primer secretario del PSOE puso énfasis en la frase, como también en la que recogió la "posible disociación entre los intereses del Gobierno y los de la Monarquía constitucional", con grave perjuicio para esta última si ello se confirma. El Gobierno —seguiría después— debe "neutralizar todo lo que es poder autocrático en este país", pero hoy por hoy no sabemos todavía cuál va a ser su comportamiento. Porque el problema no se resuelve con la Ley Electoral ("aunque fuese irreprochable"), sino con la garantía de la neutralidad de los poderes públicos a todos los niveles en el curso del proceso electoral.

Una neutralidad difícil si —como citó Felipe González— el Movimiento recibe un presupuesto de ocho mil millones de pesetas, mientras que los partidos sólo serán subvencionados, "a posteriori" además, con mil quinientos millones... Es un ejemplo a sumar a otros muchos que hacen dudar por ahora de tal neutralismo. Tras reafirmarse en su petición de un "compromiso constitucional" entre los partidos democráticos, la última advertencia de Felipe González fue diáfana: "Si se falsea la voluntad popular en las elecciones, España vivirá después de ellas un grave proceso de radicalización por marginación autoritaria". ■

ALIANZA POPULAR



Navarrete, presidente de la comisión provincial de AP en Sevilla; Licinio de la Fuente, brazo en alto; Fraga, Fernández de la Mora, Ana Bravo, José Camacho, durante el mitin en el teatro Lope de Vega, de Sevilla.

Fraga, tirador; Gonzalo, "secretario"

Alianza Popular: una montería en el coto electoral andaluz

ANTONIO BURGOS

NO hay razón alguna para que la tierra más fértil de España, la de más antiguo peso cultural, sea incapaz de garantizar el sostenimiento a sus propios hijos y se convierta en la gran incubadora de la mano de obra y de ingenios para desarrollos industriales que, en buena parte, deberían haberse desperdigado por su geografía, en una demostración ejemplarizadora de expansión agroindustrial. Andalucía tiene derecho a recibir del Estado una congrua retribución por lo mucho que, a costa de su propio bienestar, ha dado a otras regiones, hoy florecientes".

La frase, aunque parezca lo contrario, no es de José Aumente, ni de Alfonso C. Comín, ni de José Acosta, ni siquiera de Capelo o de Rodríguez Alcaide, de los teóricos de la denuncia del subdesarrollo del Sur como consecuen-

cia directa del sistema económico implantado por la dictadura. La frase —y esto es un pasmo, y no el de Triana— es de un señor de Galicia que se llama don Manuel Fraga Iribarne y que se sintió la mar de andalucista la otra tarde, bajo los colores rojigualdos naturalmente, cuando bajó Despeñaperros en la montería electoral que Alianza Popular viene desarrollando últimamente con gran dedicación en ese gran coto de votos en que la Ley de Reforma Política ha convertido a Andalucía.

La frase pertenece al discurso de Fraga en el mitin electoral de AP en Sevilla, en que el autor del artículo dos figuraba de cabecera de cartel, con otros dos acreditados espadas de la derecha ex ministerial: Licinio y Gonzalo (De la Fuente y Fernández de la Mora, respectivamente, como es natural). Con esta frase puede avalar-

se la carrera por asumir el regionalismo andaluz que ya hemos detectado varias veces en estas crónicas sureñas. La derecha lo asume todo, al igual que los chicos de Josemaría-todo-junto— se lo comían todo.

El regionalismo del desprecio

Y resulta altamente curioso este regionalismo del desprecio: a decirnos lo mal que estamos a los andaluces vienen unos señores de Madrid. Para que los votemos a ellos. Que eran los que gobernaban el país cuando iniciamos la cuesta abajo de la depresión y el caminito que no cría hierba del subdesarrollo. En el fondo, estos gallegos metidos a redentores de andaluces en el coto electoral lo que demuestran es un profundo

desprecio al pueblo del Sur. Y no sólo eso. Claro que tampoco se dirigen precisamente al pueblo del Sur, sino a las fuerzas vivas —y tan vivas— de los pueblos del Sur, que no es lo mismo.

¿A qué vinieron Fraga, Licinio y Fernández de la Mora a Sevilla la semana pasada, a Córdoba la otra, a qué fue Laureano a Granada? Fundamentalmente, a ganar votos a base de tocarle el trigémino a la vieja derecha del Sur; metiéndole miedo, diciendo que **esto es ya un caos**, que miren bien debajo de la cama, que encontrarán un comunista, que los **peteneros** están repartiéndose entre los parados los planos de sus fincas de ellos. Lo de siempre. Lo del bienio negro: el horror al cambio, la **demagogia del reparto**, del pánico al desequilibrio de un orden sobre cuya justicia no se preguntan.

En el mitin del Lope de Vega sevillano —denegado dos días más tarde a Coordinación para un acto pro legalización—, los tres monteros de Alianza Popular dispararon cientos de cartuchos siempre en este sentido. Buscando a ciegas unos interlocutores que les han dicho que existen. Porque hay que preguntarse en cuanto un señor baja Despeñaperros a la busca de votos a quién va a dirigirse. Y los tres monteros de Alianza Popular (Laureano había tirado sus tiros en Granada) se dirigieron a un sector de una clase que quizá ya ni exista y que si existe no está claro si votará al PSLA de Clavero o al miedo que les están metiendo en el cuerpo los mocitos de AP: a saber, al **pequeño empresario agrícola conservador** (con lo cual confunden a Andalucía con Castilla y el fascismo de las JONS), y a **una cierta clase industrial urbana**, empresarios de menos de diez empleados.

Me hubiera gustado que hubieran ustedes escuchado a Fraga en el Lope de Vega o en la rueda de prensa previa hablar de los precios del algodón de secano, y de la Corta de la Cartuja, o del canal Sevilla-Bonanza, o de la crisis del turismo en Andalucía. Todo lo van a remediar; si no lo remediaron en los pasados cuarenta años, lo remediarán en los próximos cuarenta. Para ello tienen que ganar las elecciones, porque vienen con el programa de **gobierno** y con moral de triunfo. Dinero no les va a faltar en Andalucía. Hubo un completo mutismo (el pacto entre caballeros) cuando un periodista le recordó a Fraga que se decía que Javier Benjumea había dejado de apoyar al PSLA (por desviacionista, será) y que pagaba parte de la campaña de AP en Andalucía. Si no es Benjumea es otro empresario, pero empresarios hay tras AP en Andalucía. Y fuerzas vivas, muchas fuerzas vivas. Todas las

que no han muerto en estos años, y que quieren reengancharse de diputados provinciales, de concejales, de delegados de esto o de lo otro. Los hombres que hasta ahora eran fieles en Sevilla a la **calle Castelar** (la sede del Movimiento-organización, que ahora están desorganizando) empiezan a llevar en la solapa el escudo en oro de AP, para lo cual se han quitado la insignia de brillantes del Sevilla C. de F. o el escudo de la Hermandad de la que son **mucho**.

La derecha de siempre

O sea, que aunque Fraga quiere que en Andalucía lo voten las clases medias, como las clases medias se le han ido al PSLA o le hace tilín **Suárez-for-president** y la compañía, pues se ha pegado a la vieja derecha. A la de siempre. Que sigo sosteniendo que Andalucía derecha no hay más que una, y que el laureado general Queipo de Llano se la encontró en la calle, como Clavero se la ha encontrado puesta al día en el PSLA.

Claro que para que Queipo se encontrara esta derecha, la CEDA les hizo mirar debajo de la cama buscando rojos. Ahora les hace mirar Fernández de la Mora, que en Sevilla apareció palpablemente como el ideologizador del crepúsculo de AP, que buen ideologizador será. Antes de que Manolo Fraga les hable de sus precios del algodón y de su autoridad, y de su moral, y de su orden, y de su paz, viene Gonzalo y les da la clase de crepúsculo de las ideologías y toca la vena anticomunista y antiprogresista de la vieja derecha andaluza. Tiro de agenda y hago memoria de lo que de Gonzalo se le quedó grabado a la derecha: "almoneda de convicciones", "España rota", "caos", "terror", "telón de acero"... Escuchando a Gonzalo la otra tarde en el Lope de Vega habla que restregarse los ojos para comprobar que no estaba uno viendo a Calvo Sotelo...

Y cuando llegue junio, con la juncia del Corpus por las calles, volverán, porque estos son de los que vuelven. Claro que aún no se sabe a quiénes presentarán en sus listas. En la presidencia del Lope estaban más o menos los concejales y los diputados provinciales y las fuerzas vivas del franquismo sevillano. El transfranquismo andaluz, que ahora asume el regionalismo, pero —eso sí— con la roja y gualda en vez de la verde y blanca. Dicen que son muchos, y que tienen mucho dinero empresarial, y que son el orden, y la paz... y Granada, y Carmona, y Almería, y Rota, y Alemania. Los de Alianza Popular vienen de montería al coto electoral andaluz. Considerémoslo ahora seriamente. Que dice el fandango huelvano que después de la fiebre ida todos se vuelven lamentos. ■ Foto: CARLOS ORTEGA.

Los
CoNteM
poRa
nEoS

LOS NIÑOS DE LA MONCLOA

LA izquierda sufre. Quizá le guste. La izquierda ha aprendido en los años de persecución, de tragedia, de muerte, cárcel o exilio, a sufrir: lo ha hecho con dignidad y de ello ha obtenido numerosas adhesiones. La de los paternalistas que siempre se ponen del lado del perseguido y del que pierde. La izquierda sufre ahora de otra manera una persecución pequeña, burocrática y fea. Parece que el masoquismo que se le ha creado en la persecución no cesa. Más que responder, más que atacar, se queja amargamente. Como el niño del parque: "Mamá, ese niño no me deja jugar con él". El niño que no deja jugar será el día de mañana un poderoso. El que se queja, un intelectual. De izquierdas.

Las declaraciones que se atribuyeron a don Santiago Carrillo, en las que se le hacía decir que era "pro Suárez", cuando Suárez no le deja jugar con su hermoso balón, parecían fruto de ese masoquismo. Carrillo las ha desmentido a medias. Pero donde se manifiesta más claramente el masoquismo es en esos otros personajes sacrificiales, que se marchan para que todo vaya por lo mejor. Últimamente, en José María Areilza, a quien naturalmente no vamos a incluir en la izquierda y difícilmente en el rango de los perseguidos. Su *harakiri* es conmovedor.

Este "castigador" de la política, este hombre que "da achares" —como se decía en el idioma madrileño, ya extinguido, sin que nadie se conmueva por la desaparición de esa vieja forma de cultura—, que es Adolfo Suárez, tiene una especie de "politic appeal" que fascina hasta a sus propios enemigos. Lo obtiene todo de ellos sin dar nada a cambio.

Van llegando los líderes políticos a la Moncloa, radiantes de haber sido convocados por el presidente: salen sonrientes ante los fotógrafos, hacen declaraciones optimistas. Y poco después se han quedado sin nada. La más ostensible aventura en este viaje a la Moncloa, quizá la primera de la que se guarda memoria en esta etapa corta pero asombrosa, fue la de Felipe González, que se encontró poco después con la mina, con la zapa del reconocimiento del PSOE (histórico), y que no ha levantado cabeza. La más reciente —hasta nueva orden—, la de los visitantes Cabanillas y Areilza. El segundo dejarta de existir políticamente poco después. No ha sido mejor la suerte del anciano Gil-Robles.

Cuando ahora se ve la fotografía sonriente de Garrigues Walker y de Camuñas a la salida de la Moncloa, se estremece uno de horror. Dios mío, ¿qué abismo político se estará abriendo bajo sus pies sin que ellos mismos lo sepan?

Lo que está claro es que lo aceptarán con la misma sonrisa en los labios, y con el viejo rictus ambiguo de masoquismo del demócrata español. Un caballero acostumbrado a perder, este demócrata español. Algo les da Adolfo Suárez, algo les dice. No sabemos cuál es su fórmula. Pero los niños de la Moncloa creen que ya les ha dejado jugar con él, con el niño rico que tiene el balón y la bicicleta. Aunque luego vuelvan a sus casas y se encuentren sin nada.

Pero ya saben que si son malos, viene el hombre del saco y se los lleva. El terrible saco de Fraga, López Rodó, Silva, Fernández de la Mora, etcétera, es el mejor aliado del niño rico, de Adolfo Suárez. ■

POZUELO